

SUMARIO

Crónica general, por NIEMAND; pág. 17. — Efectos de penetración de los proyectiles de pequeño calibre (*continuación*), por don CARLOS BANÚS Y COMAS, coronel, teniente coronel de Ingenieros; pág. 19. — Isla de Candía (antiguamente Creta) (*conclusión*), por don LUIS TRUCHARTE Y VILLANUEVA, comandante de Infantería; pág. 22. — Marcha experimental para el ensayo del material de montaña de 7'5 de tiro rápido, por don EDUARDO DE OLIVER-COPÓNS, comandante de Artillería; pág. 28.

Pliego 11 de *La dirección de la Guerra*, por el general, BARÓN DE GOLTZ.

Pliego 13 de *Telegrafía Militar*, por D. CARLOS BANÚS Y COMAS, coronel, teniente coronel de Ingenieros.

CRONICA GENERAL

DISPOSICIONES RECIENTEMENTE PUBLICADAS EN EL DIARIO OFICIAL. — LOS BARCOS HOSPITALES.—DOTACIÓN Á LA FÁBRICA DE TRUBIA PARA QUE PUEDA FABRICAR GRANDES PIEZAS DE ACERO.—ESCOLLO DE QUE DEBE HUIRSE.—LA LANZA Y EL SABLE COMO ARMAMENTO DE LA CABALLERÍA.—REFLEXIONES DE UN ENTUSIASTA DEL SABLE.—COMO DEBE SER LA CABALLERÍA ESPAÑOLA.

No hace mucho, el Diario oficial del misterio de la Guerra publicó dos disposiciones que, por referirse á asuntos de que ya otra vez hemos hablado en estas Crónicas, creemos conveniente citar aquí. Una de ellas es la transformación de dos buques de la Compañía Transatlántica en barcos hospitales, para que en ellos puedan regresar, en dos expediciones al mes, los enfermos de Cuba, que hasta hoy han tenido que hacerlo en medianas condiciones, en los vapores ordinarios. Digna de alabanza es tal medida, cuyas ventajas para el soldado y para el oficial son bien manifiestas, y que seguramente ha de arrancar de las garras de la muerte las vidas de muchos servidores de la patria. Nuestros habituales lectores recordarán, que, al llamarles la atención sobre los servicios que este género de buques habían prestado en Madagascar, indicábamos la conveniencia de que se implantara la misma medida en España; y nos congratulamos de que sea ya casi un hecho la existencia de esta mejora. Precisamente la nota característica de un ejército bien organizado y administrado es el cuidado con que se realizan en él los servicios que generalmente se llaman de retaguardia ó de etapas. Podrá no haberse descubierto—y probablemente no se descubrirá nunca—una receta eficaz para vencer siempre en el combate; pero, para la organización de los transportes, de las comunicaciones, de los servicios administrativos y sanitarios, el arte militar da sus fórmulas completas, de modo que los buenos ó malos resultados de no aplicarlas no pueden cargarse en la cuenta del misterioso dios de las batallas, sino á la de los llamados por sus cargos á encauzar ó ejecutar tales servicios.

*
**

La segunda disposición á que nos referimos es la concesión á la fabrica de Trubia del crédito necesario para que pueda llegar á producir cañones enteramente.

mente de acero, de 26 centímetros de calibre; piezas muy poderosas, dadas las ideas hoy predominantes sobre el particular. Aquí mismo abogamos para que, entrándose radicalmente en la nueva vía, España renunciara á los cañones de calibres mayores, de discutible utilidad, por cuanto, la supuesta perforación de corazas que con ellos pudiera esperarse, exige tales requisitos de distancia, ángulo de incidencia, fijeza ó velocidad regular del blanco, etc., que no vale la pena de que el Estado se imponga sacrificios, para correr en busca de un mito. Sin necesidad de perforar las corazas, los cañones de 26 centímetros pueden causar graves daños á los buques, y con esto debemos darnos por satisfechos.

Lo que sí debe procurarse, al hacer entrega á las plazas de las nuevas piezas, es evitar que aquéllas se conviertan, con muestras de los diversos sistemas de artillería, en verdaderos museos. Son tantos los inconvenientes que de la mucha variedad de piezas se derivan, y son también tan fáciles los medios de conseguir que en una misma plaza no haya varios modelos de piezas, que no dudamos que se evitará este escollo, que contraría la eficacia de la artillería, complica la instrucción del artillero, el almacenaje de efectos, la dotación de municiones, etc., á cambio de ninguna ventaja.

*
* *

Un oficial de caballería del ejército francés, el comandante Jaurart-Bastoul, ha publicado recientemente un folleto lleno de interés en el que su autor debate el problema tantas veces planteado de la preferencia de la lanza ó del sable como armamento de la caballería.

Sabido es que la lanza tiene cada vez menos partidarios, si bien esta decadencia está en gran parte contrabalanzada por la afición que tiene á esta arma el emperador Guillermo. Quizá este cariño baste para explicar que los franceses se muestren decididos campeones del sable. Entre los más convencidos cuéntase el comandante Jaurart-Bastoul, que hace la apología del sable y pone de manifiesto los inconvenientes que á su juicio tiene la lanza, con razones que no deja de ser conveniente conocer.

«Los lanceros del primer imperio, dice, demostraron su superioridad atacando los cuadros de la infantería. Esta arma ha renunciado al empleo de tales formaciones de combate y así ¿no es natural que la caballería renuncie á la lanza cuyo principal objeto era destruir el cuadro?»

Comparando más adelante al jinete armado de sable con el lancero, pone de manifiesto que la superioridad de éstos últimos, conseguida en los campos de maniobras, no es más que ideal, pues la fila de lanzas que aparece como una línea erizada de puntas horizontales, equidistantes, arrojándose sobre el adversario, no podría conseguirse en el campo de batalla. «Muy distinto sería, añade, el resultado que pondría de manifiesto una fotografía instantánea de las líneas enemigas tomada en el momento en que el choque va á producirse yendo los jinetes al galope de carga, y sería seguramente curioso reproducir la imagen en el cinematógrafo. Del resultado puede obtenerse una idea aproximada fotografiando desde un costado esos mismos escuadrones cuando se ejercitan en la carga en un terreno lleno de accidentes. Pues bien, la realidad de los hechos dejaría muy atrás lo demostrado por tales fotografías.»

Efectivamente, según el autor á que aludimos, son desventajas para el lance-

ro, durante la marcha de aproximación realizada á un aire vivo, la contracción insoportable que el sostener la lanza comunica á la pierna derecha inmovilizada, y la fatiga que una contracción análoga produce en el brazo derecho, cuya fatiga se extiende bien pronto á todo el cuerpo. Llega en seguida el momento de emplear la lanza, y el jinete no tiene como ayuda más que la mano y la pierna izquierda, es decir, que tiene inferioridad de medios para dirigir el caballo. Su brazo derecho, fatigado, rendido por haber sostenido la lanza, asegura mal la fijeza de esta larga arma y más mal aún su manejo; es decir, que resulta de aquí inferioridad en la esgrima para el lancero. Cuando llega el momento de cargar, partiendo del supuesto que la caballería no maniobrará sobre el tapete de una mesa de billar, hay que admitir que las filas estarán más ó menos abiertas, rotas ó mezcladas, falseadas las alineaciones, manifestándose en todas partes claros, confusos pelotones, entrantes y salientes, ofreciendo la muralla de picas portillos vulnerables en diversos puntos. Esto es lo que pondría de manifiesto la fotografía instantánea tomada en el campo de batalla.

Pero en donde más gráficamente expresa su concepto de la lanza y el lancero el comandante Jaurart-Bastoul es, al tratar de su empleo en el servicio de exploración: «¡pobre lancero! exclama, cuán espinosa es para él la tarea que practica á diario y sin grandes dificultades el jinete ligero; esto es, deslizarse bajo los árboles del bosque, observar desde la linde el terreno de los alrededores y ganar luego de un salto el paraje cubierto que se halla más próximo. El lancero no tiene más remedio que bajar la lanza para que no tropiece en las ramas de los árboles ó levantarla para que no se enrede en la maleza, con lo cual el desdichado explorador, en lugar de fijar su atención en lo que sucede lejos de él, debe concentrarla en los medios de abrirse paso, que tan fáciles resultan para el húsar ó el cazador.»

En resumen, el autor á que nos referimos es partidario decidido de que la caballería no tenga más armas que un sable, más bien dispuesto para el corte que para la estocada, y una carabina para tomar parte en el combate cuando las circunstancias lo hagan necesario. La caballería española puede aprovecharse del valor de estas observaciones. Dadas las guerras que de ordinario sostiene nuestro ejército, dicha arma ha de ser extremadamente ligera, con lo cual podrá prestar en toda ocasión servicios importantes, que la caballería pesada, ya por su armamento difícil de manejar, ya por su equipo complicado, no puede prestar sin serias dificultades.

NIEMAND

20 de enero 1898.

EFFECTOS DE PENETRACIÓN DE LOS PROYECTILES

DE PEQUEÑO CALIBRE

II

De lo que hemos expuesto en el artículo anterior pueden deducirse consecuencias importantes y que conviene utilizar. Hasta hace poco los árboles, sobre todo si eran algo gruesos, constituían una masa protectora muy aceptable; hoy día ya no sucederá lo mismo, dado que la mayor parte de ellos no tendrá el diámetro suficiente para impedir que los proyectiles los atraviesen. De modo

que en los combates que tengan un bosque por teatro, la protección debe buscarse principalmente en parapetos de tierra. Esto no quiere decir que el tronco de árbol deba desecharse en absoluto como medio de protección; á grandes distancias quizá detenga el proyectil, y siempre amortiguará la fuerza viva y podrá disminuir los estragos causados, sobre todo si no hiere las partes vitales. Sería error grave reputar que en absoluto podía contarse con la protección de los troncos de árboles para detener los proyectiles.

En la defensa de los poblados hay que fijarse mucho en la clase de muros tras de los cuales se coloquen los defensores. Los simples tabiques de ladrillo, y aun los muros de media asta, no bastan por sí solos para dar protección; cuando haya que colocar tropas detrás de ellos es preciso, que se les adose un parapeto de tierra de espesor adecuado. En cambio creemos que los muros de tapial han de constituir un excelente parapeto, si bien reducirá su empleo la dificultad de abrir aspilleras, por lo cual sólo podrán utilizarse, en la mayor parte de los casos, cuando sea posible disparar por encima de ellos. El reconocimiento de los muros de ladrillo, tras de los cuales quiera establecerse tiradores, es de suma importancia, pues no siendo aquéllos de suficiente espesor, no sólo resultan inútiles si que también perjudiciales, á causa de los chispazos y de que el proyectil, al penetrar en el cuerpo humano, arrastra consigo pedazos de ladrillo ó mortero que enconan y agravan las heridas.

Los muros de piedra en seco, que con frecuencia se hallan en el campo, constituyen, como ya hemos visto, buena protección, si sólo han de recibir el fuego de fusilería; si fueran muy delgados, ó se quisiera aumentar la protección y evitar chispazos, puede esto conseguirse adosando al muro una capa de tierra ó de faginas.

La tierra y la arena constituyen con pequeños espesores, relativamente, excelente protección, y por consiguiente serán los elementos más usados para formar parapetos que nunca deben desecharse cuando se encuentran ya formados natural ó artificialmente. De modo que los terraplenes y desmontes de las vías de comunicación, los bordes de las hondonadas, los escalones naturales que el terreno presenta con frecuencia deben siempre aprovecharse.

Cuando se trate de obras de alguna importancia y que tengan ya cierto carácter de permanencia, el hormigón y los materiales metálicos son indudablemente los elementos que ofrecen protección más segura. Aquél tiene la ventaja de que puede elaborarse en el sitio en que ha de emplearse, y por consiguiente evita los transportes. Cuando la masa protectora haya de tener mucho espesor, el de hormigón puede reducirse, empleándolo tan sólo como revestimiento. El hormigón, combinado con planchas de hierro ó acero, dará, con pequeños espesores, protección casi absoluta. Un parapeto de hormigón de 0,10 á 0,15 metros de espesor, unido á una plancha de palastro de 4 milímetros ó de acero de 1 á 2 milímetros, difícilmente será atravesado.

El carril presenta también una protección casi absoluta, y tratándose sólo de resistir los efectos de fusilería, podría tener muchas aplicaciones, si no se opusieran á ello las dificultades ajenas á su transporte y manejo.

Cuando se emplean materiales de distinta clase, no cabe duda que la situación relativa de éstos ha de influir en la resistencia del blanco; si se combina, por ejemplo, el hierro con la madera, la mampostería de ladrillo ó el hormigón,

no creemos que sea indiferente colocar aquél en la parte anterior ó posterior. En nuestro concepto, conviene situar siempre en la parte anterior el material que produce más fácilmente la deformación del proyectil. Esto por dos razones: 1.^a porque el proyectil una vez deformado penetra menos; 2.^a porque parece resultar de la experiencia que cuanto mayor es la fuerza viva con que un proyectil choca contra un blanco capaz de deformarle, es mayor la deformación. De modo que cuando se empleen piezas de madera revestidas de hierro ó acero, la parte metálica es la que debe mirar al exterior, y lo mismo si se combina el metal con la mampostería de ladrillo. Combinándolo con el hormigón sería quizá mejor colocar en el interior las placas metálicas, y aun preferible emplear dos, una interior y otra exterior, aun cuando la suma de los espesores de ambas fuera menor que el de una sola. Esta combinación tiene, en nuestro concepto, la ventaja de que las planchas sirven de encofrado al hormigón y evitan el derrumbamiento que podría producirse en un muro de poco espesor, si muchos proyectiles chocaran próximamente en el mismo punto.

En el caso en que se empleara la piedra en seco combinada con faginas, aun cuando aquella deforma el proyectil y éstas no, conviene colocarlas al exterior, porque forman un revestimiento que evita los chispazos, y aun fuera mejor colocar la piedra entre dos capas de faginas.

Creemos que lo expuesto basta para formarse idea suficientemente exacta del partido que puede sacarse de los distintos materiales como masas protectoras contra el efecto de los modernos proyectiles, y que este ligero resumen de los resultados obtenidos fijará mejor las ideas que una serie de datos numéricos difíciles de recordar, y cuya sola vista infunde pavor al ánimo más esforzado.

III

Como complemento de lo que acabamos de exponer, vamos á decir algo acerca de los efectos que los modernos proyectiles producen en los blancos animados, aun cuando, claro es, que no hemos efectuado con este objeto experiencia alguna por no ser este cometido de nuestra competencia. Lo que sí hemos procurado poner en claro, y creemos que es asunto que interesa á la cirugía militar, es lo relativo al efecto explosivo de los proyectiles. Con este objeto tratamos de adquirir vejigas para llenarlas de agua y como hubo dificultades para encontrarlas, y sólo pudimos proporcionarnos muy pocas, se substituyeron por latas de petróleo. Disparando sobre unas y otras los efectos de explosión resultaron evidentes, pues quedaron destrozadas por completo. Que estos efectos se debieron al líquido que encerraban es indudable, pues disparando sobre latas vacías la bala las atravesó, produciendo tan sólo un orificio de entrada y otro de salida. Respecto á la resistencia que el agua opone al proyectil parece resultar comparable á la que produce la madera, pues á 50 metros atravesó un espesor de 0,96 metros y la bala no sufrió deformación.

No es difícil explicar los efectos explosivos producidos por el proyectil en las condiciones indicadas, efectos debidos á la incomprensibilidad del agua. Todo el mundo conoce el fenómeno que se produce cuando se arroja una piedra en el agua, fenómeno que consiste en la formación de una onda que tiene por origen la parte de líquido chocado.

Pues bien, cuando un proyectil choca con un líquido encerrado en un reci-

piente, se producen en aquellas ondas que llevan consigo una fuerza viva considerable y tanto mayor cuanto más grande es la del proyectil en el momento del choque; estas ondas, al encontrar las paredes del recipiente, producen sobre ellas una fuerte presión y ésta es la que las rompe y desgarran, como si en el interior de aquel hubiese estallado un explosivo. Estas experiencias explican perfectamente que en algunas ocasiones se haya achacado los efectos observados en ciertas heridas al empleo por parte del adversario de proyectiles explosivos, cosa poco verosímil tratándose de calibres tan reducidos como los actuales. Los citados efectos debieran atribuirse en nuestro concepto á las presiones ejercidas por los líquidos contenidos en las partes lesionadas, y que obrarán como el agua encerrada en las latas ó en las vejigas.

Respecto á si los proyectiles modernos pueden, ó no, calificarse de *humanitarios* creemos que no hay aún datos suficientes para decidirlo. La diferencia entre éstos y los antiguos estriba, al parecer, en que los de calibre reducido producen efectos más localizados, sobre todo en las partes duras como son los huesos. Esto se explica perfectamente por la mayor velocidad de que se hallan dotados y para comprender la diferencia entre los efectos producidos por unos y otros, basta fijarse en lo que sucede cuando un cristal recibe el golpe de una piedra; si ésta lleva poca velocidad, muchas veces ni le agujerea; pero al rededor del punto que recibe el choque se forman una colección de estrías que á veces alcanzan hasta los bordes. En cambio si el proyectil lleva gran velocidad puede suceder que solo deje un agujero de bordes perfectamente limpios. Lo mismo acontece en las planchas metálicas que presentan en el punto de impacto un agujero ó una abolladura rodeada de estrías según la mayor ó menor velocidad del proyectil.

En un estudio del teniente coronel Mariani, que publica la *Revista di Artiglieria e Genio* con el título de *I fucili che non uccidono* (*Los fusiles que no matan*) se cita el siguiente párrafo tomado del *Avenir militaire* del 29 de enero del año próximo pasado. «La reducción del calibre del fusil es un peligro cuya asombrosa realidad han revelado el empleo del Lee-Metford de 7,5 milímetros en la campaña de Chitral y el del fusil de 6,5 milímetros en Abisinia.

CARLOS BANÚS

Coronel Teniente Coronel de Ingenieros.

(Continuará.)

ISLA DE CANDÍA (ANTIGUAMENTE CRETA)

(Conclusión.)

Físicamente depende de la península Helénica, por más que los tratados la hayan hecho turca. Su posición geográfica, su suelo, sus producciones y la mayor parte de su población son griegos. Rodeada de profundos mares, sólo al noroeste existen bancos submarinos, que la enlazan al Peloponeso. La suavidad de su clima, aunque demasiado seco en estío, la fertilidad de su suelo y la variedad de sus producciones hacen de ésta comarca una de las más favorecidas por la naturaleza, no obstante la escasez de aguas corrientes en sus llanuras calcá-

reas. Sin embargo tiene grandiosos y encantadores paisajes y muy abrigados y espaciosos puertos.

Las costas de esta isla son muy irregulares, especialmente las septentrionales, cortadas por profundos golfos, siendo los principales de este á oeste los de Kisamos, de la Canea, de la Suda, del Armyro, de Miradel y de Sitia, separados por gran número de cabos y promontorios, de los cuales los más importantes son los cabos Bušo, Spada, Meleka ó Akrotiri, Drapano, Retino, Sassoso (Dium), San Zuano y Sidero. La costa meridional no tiene más que un golfo notable, el de Messara, y tres cabos principales, Crfo, Matala (Metalhum) y Langada.

El relieve de las montañas contribuye notablemente á la configuración horizontal de esta isla, parecida á un rectángulo muy prolongado, que se ensancha ó estrecha, según la mayor ó menor altura de las cumbres de la cordillera que la atraviesa de este á oeste, aproximándose más á la costa meridional que á la septentrional. Por esa razón ofrece la isla su mayor anchura en el centro, donde se levanta la montaña más elevada, el monte Ida (Psiloriti 2,498 metros), donde la mitología griega coloca la cuna de Júpiter. Este monte, aislado y casi siempre cubierto de nieve, tiene alguna semejanza con el Etna, por sus robustos contrafuertes y pintorescos y verdes valles, y en la antigüedad sus vertientes estaban cubiertas de espesos bosques, que le merecieron el nombre de Ida ó monte de las selvas. Desde su cumbre se domina toda la isla y se descubre un horizonte inmenso: al norte desde los picos de Taigeto hasta las montañas del Asia menor y al sur, por encima de la pequeña isla de Gauda ó Gozzo, no se divisan las costas de la Cirenáica por su poca elevación relativa. Después del Ida, que forma el grupo central de los tres que han formado siempre las tres grandes divisiones naturales ó políticas de Candía, el principal grupo de montañas se extiende al occidente de la isla, con el nombre de Montes Blancos ó Lewa-Ori (2,462 metros) por sus nevadas cimas, ó más bien por la blancura de sus escarpados flancos calcáreos. Su altura media es superior á la del monte Ida, pero sus puntos culminantes no alcanzan la elevación de éste. Completamente desprovistos de vegetación, sólo se observa, aunque escasa, en algunos de sus profundos valles. También son conocidos con el nombre de montes de los Sphakiotas, por las poblaciones dorias, que han permanecido puras de toda mezcla, acantonándose en estas montañas como en una ciudadela, porque pocas de aquéllas hay en efecto tan abruptas y que cuenten con mejores defensas naturales contra todo ataque exterior. Muchas de estas poblaciones sólo son accesibles por los lechos pedregosos de los torrentes, que se precipitan formando cascadas, y llegando á quedar interrumpidas las comunicaciones en la estación de las lluvias, cuando las torrenteras se llenan de agua, como sucede principalmente en el desfiladero ó garganta de Hagio-Rumeli en la vertiente meridional de los Montes Blancos. Durante la guerra de independencia nunca los turcos pudieron forzar esta puerta de la gran ciudadela de los montes, á pesar de haberlo intentado varias veces, ni aun sitiar por hambre á sus habitantes, que encuentran en las alturas terrenos productivos suficientes para mantener una población numerosa, si no fuesen tan fríos. Los pueblos situados en el Arkifo, inhabitables en invierno por su gran elevación sobre el nivel del mar, ocupan una llanura rodeada de montañas, que forman un verdadero baluarte. Como lo prueban todos los indicios y señales que en ella existen, esta llanura debió ser un lago en tiempos remotos. Las

aguas pluviales encuentran sin embargo salida por estrechísimas torrenteras, que les permitan dirigirse al mar, y en la misma garganta de Hagio Rumeli tiene su origen uno de los principales ríos.

Las demás cordilleras de la isla no son tan elevadas ni tan abruptas como la de los Montes Blancos. Las más notables son las de los Montes Lassiti (2,155 metros) y más hacia al este los montes Dicté ó Sitia, que forman la extremidad oriental de la isla, como la pendiente de los montes Spakiotas la occidental. Los habitantes de estas montañas no han podido verse libres del yugo musulmán,

No hay ríos importantes en esta isla, donde no se encuentra más que torrentes, que se secan durante los grandes calores; pero la abundancia de manantiales en las vertientes inferiores de las montañas suplen con exceso la carencia de ríos.

Obsérvase que el terreno de la isla, en la vertiente septentrional, se ha elevado 20 metros por lo menos durante el período geológico moderno, pues se encuentran en ella antiguas playas, cuyas conchas son semejantes á las de las playas actuales, y la costa norte desde los Montes Blancos hasta los Dicté es mucho más accidentada que la del sud y ofrece más golfos, bahías y puertos seguros que ésta. Por esa razón la costa septentrional, frente al mar Egeo surcado por embarcaciones de todos los países, está más poblada y en ella están situadas las poblaciones más comerciales, mientras que la costa meridional, frente á las desiertas playas de Africa, está relativamente despoblada.

El clima es sano y muy benigno: en el estío los fuertes calores son tolerables merced á las brisas del norte; en primavera y otoño son frecuentes las lluvias.

El suelo es fértil, pero desde las guerras de independencia que arruinaron á Candia, la agricultura yace en el mayor abandono y por falta de brazos permanece inculta gran parte de la isla. A pesar de su gran fertilidad, son escasas las producciones agrícolas que se exportan, y ya no es Creta aquella isla prodigiosamente fecunda, en que, según la mitología, Céres dió á luz á Pluto sobre un lecho de gavillas de trigo. Los campesinos cultivan perezosamente un terreno que no les pertenece. Los olivos no producen ya sino un aceite amargo, y aunque las viñas dan excelente vino, no es ya aquella deliciosa malvasía de los venecianos. El cultivo del algodón, del tabaco y de toda clase de frutos está muy abandonado. El único adelanto que se observa en el transcurso de este siglo es el del cultivo del naranjo, cuyo delicado fruto es muy estimado en todo el Oriente. La seda, la miel y la cera son las otras producciones más importantes. Es sin embargo muy notable que, á excepción de la vid y del olivo, crezcan espontáneamente en distintos parajes de la isla todas las especies de árboles de cultivo, como el castaño en la extremidad occidental, la encina, el ciprés y el mirto en los altos valles de los Spakiotas, la encina de la velaneda al oeste del monte Ida, en la provincia de Retino; el pino de piña y el algarrobo en las montañas de Dicté y por último, en la extremidad sudoeste de Creta, en un promontorio que avanza hacia el Africa, se extiende el bosque más hermoso de palmeras de dátiles, que existe en todo el archipiélago griego. En sus campiñas crecen las higueras, los granados, los plátanos y los naranjos.

La isla es rica en yeso, piedra calcárea, pizarras y piedras de afilar.

Es numeroso el ganado de todas clases, sobre todo los carneros y las cabras. La pesca es abundante en las costas.

La industria está muy atrasada y se limita á la fabricación de curtidos, de tejidos de lana, de telas ordinarias, de aceites y de jabones. El comercio es poco activo. Todos los puertos de la isla, tan florecientes en tiempo de los venecianos, están hoy obstruídos por las arenas. La importación es casi nula: algunas goletas griegas, algunos faluchos importan trigos, cebada y la mayor parte de los frutos que no se cosechan en la isla. La exportación se hace al retorno de estas pequeñas embarcaciones ó por algunos buques franceses que van á buscar jabón, aceite y las naranjas en que abunda esta comarca.

Por su situación al sur del Archipiélago, entre Europa, Asia y Africa, está destinada á ser por naturaleza el principal depósito del comercio de estas partes del mundo y el lazo general del tráfico del Mediterráneo oriental. Sin embargo, hoy no lo es, á pesar de que, según todas las tradiciones griegas, lo era hace más de tres mil años y dominaba en los mares, cuando se denominaba á las Cícladas, islas de Minos, las colonias cretenses poblaban la Sicilia y los barcos de Creta arribaban á todas las costas del Mediterráneo. No fué duradera esta preponderancia comercial, merced á la multitud de pequeñas ciudades en que estaba dividida y que se disputaban el dominio de los mares. La decadencia fué en aumento, cuando otros pueblos griegos, los dorios, se apoderaron de esta isla. Después fué sometida por los romanos, y desde entonces no ha podido recobrar su autonomía, siendo posteriormente poseída, assolada y empobrecida por los bizantinos, árabes, venecianos y turcos. La cordillera que la domina, extendiéndose de uno á otro extremo de la isla, y contribuyendo á la configuración muy prolongada de ésta en dirección de oeste á este, fué causa de que en tiempos remotos, cuando los griegos que la poblaban, limitaban su patria á los muros de sus ciudades, se dividiese en multitud de pequeñas repúblicas, que nunca llegaron á formar una confederación, á pesar de haberlo intentado varias veces. Y en efecto, los habitantes de la isla se encontraban mucho más separados entre sí, que si habitasen islas de un mismo archipiélago. Lo cual se explica fácilmente, teniendo en cuenta que los valles del litoral, están separados por altos promontorios que no les dejan fácilmente acceso sino por el mar. Así es que una ciudad, situada en uno de estos valles, no podía comunicarse con las circunvecinas sino por estrechos y difíciles senderos, que el menor obstáculo hacía inaccesibles, y no podía por lo tanto extender muy lejos sus conquistas, á causa de los ásperos contrafuertes, que se levantan verticalmente entre estos valles en todo el contorno de la isla. Sólo existe en toda ella una llanura que merezca este nombre, y es la de Messara, llamada el granero de la isla, al sur del grupo central, regada por el Yeropótamos ó Río Santo, poco caudaloso, pero que no se seca, ni aun en el estío.

Todas las poblaciones de la costa septentrional ocupan la misma situación que las antiguas ciudades. Así Megalo-Kastrón (15,000 habitantes) más conocida con el nombre de Candía, que lo hace extensivo á toda la isla, es el puerto de la famosa Cnossa, la Heracleion de los griegos; Retimo (9,000 habitantes) situada al pie y al oeste del monte Ida, conserva casi su antiguo nombre de Rhytimnor; y por último, La Canea (12,000 habitantes) en que la blancura de los edificios se confunden con la de las áridas pendientes de los montes Blancos, es la Kydonia de los griegos, célebre por sus selvas de membrilleros. Actualmente es la capital de la isla y, sino la más populosa, es por lo menos la más importante

de Creta por sus grandes almacenes de mercancías. El gobierno turco ha tratado de ampliar este gran depósito mercantil, construyendo al oeste de la Canea el punto de Azizirga, á orillas del Suda, obra natural, perfectamente abrigada, que llegará á ser una de las principales estaciones marítimas del Mediterráneo. En cuanto á la ciudad de Candía, antigua capital de Creta, está situada en la costa septentrional de la isla á 650 kilómetros sudoeste de Constantinopla. De los 15,000 habitantes con que cuenta, 9,000 son musulmanes y el resto griegos, armenios ó judíos. Antiguamente era la residencia del Bajá y hoy lo es de un arzobispo griego. Es el depósito del comercio interior de la isla y su industria consiste en fábricas de jabón, de mucha nombradía, destilerías de aguardientes, fábricas de curtidos é hilados de seda de creación reciente. La exportación se reduce á jabón, aceite y frutos. Candía es una ciudad completamente turca, por sus casas, sus mezquitas, sus minaretes, sus bazares bien surtidos de los fastuosos productos orientales. Está rodeada de un recinto abaluartado, casi triangular; los restos de una antigua muralla separan la ciudad nueva de la vieja, que es la más próxima al puerto, donde no pueden fondear más que pequeñas embarcaciones á causa de la mucha arena que se va acumulando y contra la cual no han podido protegerle los dos muelles gigantescos construídos en otro tiempo por los venecianos. Aún se ve en Candía numerosas huellas de la dominación de los antiguos señores del Adriático. Al lado del puerto, las bóvedas que cobijaban á las galeras venecianas; en el barrio judío, una fuente con una inscripción latina en honor del fundador de este pequeño monumento. Su antigua catedral católica, dedicada á San Tito, está casi arruinada por completo y por último, la iglesia de Santa Catalina convertida en mezquita. La historia de esta ciudad, fundada en el siglo IX por los sarracenos, tomada por los griegos y vendida á los venecianos, que la perdieron en 1659, se confunde con la de la isla entera, de la que hemos hecho un bosquejo histórico.

La isla de Candía, declarada hoy autónoma por las grandes potencias europeas, estaba gobernada por un Bajá y dividida en tres sandjaks ó provincias, cuyas capitales son la Canea- Retimo y Candía, y las provincias se subdividen en 20 distritos.

La renta anual de la isla se valora en dos millones de pesetas próximamente. Los raías pagan la capitación y varios impuestos directos ó indirectos.

La población se eleva á unos 225,000 habitantes, de los cuales una cuarta parte son musulmanes. Hay algunos judíos y católicos romanos en las ciudades; pero la mayoría pertenece á la iglesia griega. La isla tiene ocho obispados con un metropolitano residente en Candía y dependiente del Patriarca de Constantinopla y treinta monasterios.

La guarnición se compone de unos 4,500 soldados árabes y albaneses.

Como en todas las posesiones otomanas, las carreteras son pocas y malas; por lo que no se viaja en Candía, sino á caballo y en mulos.

En cuanto á población y riqueza, Creta no es hoy ni la sombra de lo que fué en la antigüedad, cuando mereció el título de Creta la de las cien ciudades. Hoy sólo existen pequeños y tristes lugares construídos con los restos de una sola muralla de aquellas grandes y florecientes ciudades, para la extracción de cuyos materiales fué preciso abrir inmensas canteras, como el pretendido Laberinto de Gortyna, al sur del monte Ida.

A pesar de las invasiones sucesivas de pueblos de diferentes razas, la población de Creta y de los islotes adyacentes, no ha dejado de ser helénica y habla todavía un idioma en que se reconoce el dorio corrompido. De los pueblos slavos, que invadieron la isla en el comienzo de la Edad media, no quedan otras huellas que los nombres de algunos lugares. Los árabes y los venecianos se fundieron con los cretenses aborígenes; pero queda todavía un gran número de albaneses descendientes de los soldados arnautas que conserva sus costumbres y su dialecto. En cuanto á los musulmanes ó pretendidos turcos, que constituyen próximamente la quinta parte de la población total, son, en gran mayoría, descendientes de los cretenses que se convirtieron antiguamente al mahometanismo para salvarse de la persecución. Estos son los únicos de todos los helenos de Oriente, que han adoptado la religión del vencedor; pero desde que ya no es de temer la persecución religiosa, muchas familias mahometanas de origen griego han vuelto al culto de sus antepasados. Los helenos, ya preponderantes en Creta por su número, lo son también por el comercio, por la industria y por sus bienes. Poco á poco se van haciendo dueños de los terrenos que compran á los mahometanos y éstos van desapareciendo como propietarios.

El griego es el idioma de todos los cretenses, á excepción de los albaneses. Unicamente en la capital y en ciertos puntos de la Messara, donde dominan los turcos, es donde se oye el idioma de éstos.

No es de extrañar por lo tanto que los griegos traten de reivindicar la posesión de un país donde está tan marcada su preponderancia; pero, aislados como están, su valor se ha estrellado siempre contra los ejércitos turcos y egipcios que se ha enviado contra ellos. Tal vez se acuse con razón á los cretenses de parecerse á sus antepasados en su codicia mercantil y en su falta de veracidad, acaso sean los más falaces de todos los griegos; pero seguramente no se les puede echar en cara, como á aquéllos en la época en que se alistaban como mercenarios, el poco amor á su patria. Al contrario, han sufrido mucho por ella en casi toda la isla, y especialmente en el monte Ida y en los montes Blancos, donde todavía muestran con orgullo los parajes donde vertieron su sangre por la causa de la independencia. Uno de los principales teatros de estas hecatombes han sido las cavernas de Melidhoni en las faldas occidentales del Ida. En 1822 más de 300 helenos, casi todos ancianos, mujeres y niños, refugiados en una de estas cavernas fueron sitiados por los turcos, que encendieron á la entrada una gran hoguera cuyo humo, impulsado hacia el interior por el viento, consumó la obra de exterminio asfixiando á los infelices que se habían escondido en lo más profundo de la gruta. Allí quedaron los cadáveres de aquellos desgraciados, sin otra sepultura que el sedimento calcáreo, que los fué cubriendo poco á poco. Aun se ven algunas osamentas cubiertas todavía por aquel sudario de piedra.

LUIS TRUCHARTE Y VILLANUEVA.

Comandante de infantería.

Toledo 18 de octubre de 1897.

MARCHA EXPERIMENTAL PARA ENSAYO DEL MATERIAL DE MONTAÑA DE 7'5 DE TIRO RÁPIDO

DIARIO DE LA EXPEDICIÓN

Con arreglo á lo propuesto por el 1.º Regimiento de montaña para efectuar experiencias en grande escala con el material de tiro rápido de montaña sistema Krupp, se publicó una Real orden, fecha 28 de mayo de 1897, disponiendo que una batería de dicho Regimiento hiciera una marcha de treinta días de duración, sin los descansos, eligiéndose un itinerario en el cual se encontrasen «carreteras, veredas y caminos malos y terrenos montuosos para tener ocasión de llevar el material á lomo y en limonera y en buenas y malas condiciones» (1).

De si se ha cumplido ó no esta disposición, da fe el itinerario que se irá detallando, estudiado escrupulosamente con objeto de que los malos caminos estuvieran en mayoría y se marchase poco por carretera, teniéndose que vencer grandes obstáculos por parte de todos para llegar al apetecido resultado.

Muy conveniente es cuanto se haga en el sentido de perfeccionar el material de montaña, para que esta clase de artillería algo descuidada y despreciada por su misma modestia, llegue á ser un factor importante en el conjunto artillero, á lo que tiene derecho por su historia y por la innegable utilidad que presta en nuestro país, dado el género de guerra que en general aquí se desarrolla.

Terminadas las Escuelas Prácticas del Regimiento el 15 de junio, se dió orden el 18 á la 2.ª batería, dotada con el nuevo material, para que se preparase á emprender la marcha, con el siguiente personal:

1 capitán, 3 tenientes, 1 segundo profesor veterinario, 1 obrero herrador, 1 obrero ajustador, 1 bastero, 3 sargentos, 8 cabos, 2 trompetas y 99 artilleros;

44 mulos y 13 caballos;

4 piezas Krupp de 7'5 y 42 bastes.

Estos bastes eran de distintos modelos con objeto de ser experimentados y comparados.

20, proyecto de una comisión del mencionado 1.º de montaña, nombrada para estudiar un baste cómodo, fuerte y ligero.

5 redondos enviados por la casa Krupp para cajas; de ellos 3 sólo de hierro y 2 en que se habían introducido partes de madera por la citada comisión.

5, proyecto de un bastero de Vich — que ha substituído la borra por un sistema de muelles (2) — de los cuales 3 eran de la forma ordinaria con gualderines para cargas de piezas y 2 redondos de cajas.

Los 12 restantes, del modelo 1874, sin las sobremuñoneras, por destinarse á cargar sólo cajas de equipajes, víveres y las irregulares de sacos, calderos y otros efectos de la batería, precisos durante la marcha.

En la citada Real orden se disponía que un comandante del mismo Regi-

(1) Palabras de la Real Orden.

(2) Aunque reconociéndose por todos los inconvenientes de la borra, con los ensayos hasta hoy hechos, no se ve el medio de suprimirla. Es un verdadero problema, el del baste, que se persigue hace tiempo.

miento dirigiese la marcha, y habiéndoseme nombrado para este servicio, después de presentada la memoria oficial con el resultado de las experiencias y consecuencias deducidas, voy á ocuparme de describir el terreno recorrido y de las incidencias ocurridas en la expedición, que ha sido muy curiosa.

Teniendo en cuenta que se pasaba por el valle de Arán, á donde hace muchísimos años no habían ido tropas, y está unido geográficamente á Francia, cuya frontera se tenía que tocar otras dos veces, ordenó — competentemente autorizado — el excelentísimo señor comandante en jefe del 4.º cuerpo de ejército, con fecha 17 de junio, que se agregasen á la batería expedicionaria, una compañía de infantería y una sección de caballería.

Designado el 23 de junio para la salida, á la una y media de la tarde hallábase formados, en el paseo de San Juan, la 2.ª batería del 1.º Regimiento de montaña, al mando del capitán don Antonio Anglada; la 4.ª compañía del batallón de Figueras, 6.º de cazadores, á las órdenes del capitán don Alejandro Picazo, con 3 tenientes, 4 sargentos, 8 cabos, 3 cornetas y 100 soldados; y una sección del Regimiento de lanceros de Borbón núm. 4, compuesta del primer teniente que la mandaba don Enrique Udaeta, 1 segundo teniente y 1 sargento; 1 trompeta, 1 herrador y 23 soldados; 2 caballos de oficial y 30 de tropa.

A las dos se presentó el excelentísimo señor capitán general, conde de Caspe, acompañado de los generales Navarro y De Pedro, los primeros jefes de las unidades que daban contingente á la columna, y de los ayudantes.

Inspeccionó todo detenidamente y despidió á las fuerzas en el arco de Triunfo en presencia de muchos jefes y oficiales y numeroso público.

A las dos y tres cuartos se rompió la marcha, saliendo por Gracia á tomar la carretera que comienza en los *Josepets*, y que en la parte llamada Paseo de la Diputación, está flanqueada á derecha é izquierda de elegantes torres y casas con jardines donde veranean gran número de familias de Barcelona. Este trayecto, de cuesta muy pronunciada, termina en los *Cuatro Caminos* (130 metros) (1), y allí la magnífica y bien cuidada carretera de San Cugat, que es la que teníamos que seguir, se une á la que de Sarriá va á Horta y San Andrés, separándose á los 400 metros para volver á la izquierda y ascender suavemente por las infinitas revueltas de la falda del *Tibidabo*, ganando á los 4 kilómetros la cumbre en el punto llamado *Collserola* (400 metros), frente á la casa de *Vista-Rica*.

Pero después se hizo un alto de cuarenta y cinco minutos en la pintoresca fuente de la *Rabasada* para que la gente tomase un bocado y bebiese, pues se sentía bastante calor y había sido pesada la subida.

La carretera es horizontal desde allí durante unos 300 metros para descender después en una extensión de 5 kilómetros, al cabo de los cuales se recorre en llano el kilómetro que falta para San Cugat del Valles (100 metros), primer pueblo donde debía pernoctar la columna.

(1) Los números entre paréntesis al lado de los nombres de pueblos ó sitios determinados, son las alturas de éstos sobre el nivel del mar, que fué tomando el capitán don Juan Martínez que me acompañaba, no pudiéndose considerar sino como aproximados, así como algunas distancias, trazado de los itinerarios, etc., por carecer de los aparatos y elementos necesarios.

Se llegó cerca de las siete, habiéndose tardado unas cuatro horas y media en recorrer los 16 kilómetros que constituían la primera jornada. Por ser hora algo avanzada, y aun más por mala disposición de la gente del pueblo, se hizo con retraso el alojamiento y no fueron buenos los que se nos facilitaron.

La villa de San Cugat está cercada por dos torrentes que llegan a unirse formando una riera, la cual desemboca en el río Ripoll, cuya ribera, muy cultivada, produce buenos cereales y vino, y más lejos, en la parte montuosa, hay bastante arbolado. Tiene 2.400 habitantes y unas 500 casas; las cuadras son escasas en número y tamaño; sólo un par de ellas reúnen regulares condiciones, pero sus dueños se habían ausentado, á pesar de estar avisados de nuestra llegada por el ayuntamiento, según manifestó el secretario, pues el alcalde también estaba fuera; al fin, aunque algo tarde, se consiguió las abrieran.

Ha sido pueblo rico é importante, pero está hoy muy decaído, y en él sólo merece visitarse el suntuoso monasterio de benedictinos, obra maestra de arquitectura gótica, derruido en parte y en otras muy mal tratado por el abandono y los años; pero aún se puede apreciar su pasada magnificencia en el claustro, rosetones, ventanales y portada.

Carece San Cugat de elementos para albergar mucha fuerza y difícilmente podrían llegar á colocarse 1.000 hombres y 150 caballos, aparte de que faltaría voluntad para admitirlos. El agua para beber se saca de los pozos que hay en algunas casas y de una rica fuente del monasterio, en uno de cuyos patios existe un grande abrevadero para el ganado; pero casi siempre seco, por lo que hubimos de darla en la riera mencionada.

En un cobertizo, cerca de la plaza del Monasterio, se aparcó el material, bajo la custodia de la guardia de prevención, y cerca se hizo el rancho, para lo cual se habían adelantado los furrieles.

La tropa comió en seguida, yéndose á descansar después de establecidos los servicios y terminados los actos de cura, agua, pienso, etc. Hay dos posadas, y en una de ellas comimos y dormimos los oficiales.

Día 24. Segunda jornada.—Se tocó diana á las cinco, saliendo á las seis la avanzada exploradora de caballería en dirección Noroeste, y el grueso de la columna á las siete, estableciéndose el enlace por medio de parejas de lanceros.

Como el camino era carretero y llano, lleváronse las piezas á limonera, ensayándose diversos enganches con uno y dos mulos, y sobre las ocho se llegó á Rubí (150 metros), importante villa de 4.000 habitantes, que está á 5 kilómetros de San Cugat, donde se hizo un descanso de doce minutos para inspeccionar las cargas, material, ganado y aflojar cinchas. Los hermanos *Maristas*, que poseen un excelente colegio en este pueblo, salieron á obsequiar á la tropa con aguardiente y vino.

De allí arrancan dos carreteras, que en un principio corren paralelas y á muy poca distancia una de otra; desvíase luego á la derecha la que va á Sabadell, y sigue la dirección primitiva la de Tarrasa; por ésta continuamos hasta un punto llamado *casa Falguera*, á 3 kilómetros de Rubí, donde encontramos agua muy buena y se paró media hora para almorzar la tropa y que bebiese el ganado. Los vecinos del caserío estuvieron muy deferentes y nos encontramos algunos de Manresa que, enterados de nuestra llegada, nos esperaban allí.

El sitio, á mitad poco más de la jornada, es verdaderamente hermoso, y está

sombreado por un espeso bosque de pinos y una frondosa alameda que convida al reposo.

En los primeros días de marcha son convenientes, mejor dicho indispensables, los descansos no muy largos pero sí algo frecuentes, hasta que la gente se va acostumbrando y endureciendo, tanto más que ahora nuestros soldados, por circunstancias que no es ocasión de explicar, están poco avezados á marchas largas y penosas; las que hacen son por sitios conocidos sin grandes accidentes, al rededor de su habitual residencia, regresando generalmente en el día.

A las nueve continuamos remontando agua arriba la riera de Rubí, y antes de las diez estábamos en Tarrasa, empleando con los descansos tres horas y media en recorrer los 13 kilómetros que separan á San Cugat de esta importante é industriosa población, gala de Cataluña por sus renombradas fábricas. Tiene 12.000 habitantes, buen caserío, fondas, casinos y elementos de todas clases para poder alojar fuerzas de las distintas armas, pero no pude recoger datos bastante exactos respecto al número de cuadras y cabida de éstas.

La población nos dispensó cariñoso recibimiento y franca hospitalidad, tuvimos buenos alojamientos, y no encontrándose buen sitio para dejar resguardado el material, el ayuntamiento facilitó el pórtico de la cárcel, y en la plaza de delante se confeccionaron los ranchos, se distribuyeron y se hizo la cura.

Tercera jornada. —A las seis de la mañana del día 25 se puso en marcha la columna, adelantándose la infantería para hacer el flanqueo del terreno por donde teníamos que ir, tan accidentado y lleno de múltiples veredas, todas parecidas, que fácilmente nos hubiéramos extraviado en aquel laberinto de espesos bosques de pinos, abetos y carrascas. No encontrando objetos ni puntos de referencia, hubo necesidad de formar el contacto con parejas de caballería que iban marcando todas las sinuosidades y revueltas del monte.

Al salir de Tarrasa tomamos á la derecha por una riera, y á los pocos pasos se sigue el camino que conduce á la casa de *Coll Cardús* (400 metros), distante 2 kilómetros, y después de una hora de subida difícil y penosa, se pasó por *Casa Pineda* (500 metros), y dejando á la izquierda el camino que conduce á Vacarizas, para tomar otro á la derecha, llegamos á las nueve á una eminencia donde está situada la gran *Casa Ubach de Vacarizas* (600 metros).

Desde allí se divisa un extenso panorama; el pintoresco pueblo de Vacarizas, y otros varios cuyos nombres no pude averiguar, se asientan en el hermoso valle del Llobregat, cerrado á Poniente por la extraña silueta del Montserrat — esa famosa é histórica montaña orgullo de los catalanes y trono de su Excelsa Patrona—y bordeado á Levante de extensos bosques de pinos y encinas que embellecen el paisaje, uno de los mejores que hemos contemplado en la marcha con haberlos encontrado verdaderamente ideales.

Hicimos alto y la gente descansó un rato, á cubierto de los rayos del sol por una fresca arboleda, proporcionándonos el *masovero* agua exquisita.

A las nueve y tres cuartos tomamos el camino de la izquierda, de los dos que parten de la casa, y recorridos 5 kilómetros de bajada, nos encontramos en Rellinás (400 metros).

No tiene grandes condiciones el pueblo ni aun para una parada corta; pero el ser cerca del medio día, y no encontrar luego otro sitio donde partir la jornada, de la cual faltaba aún muchísimo, me decidió á dar allí el descanso y que

se confeccionase el rancho, valiéndonos de las cajas de víveres que llevábamos, las cuales previamente se habían aprovisionado en Tarrasa. También íbamos provistos los oficiales, y en un mal mesón, se preparó el almuerzo, que nos pareció excelente por el apetito que teníamos.

Se descargó el material en una pequeña era; algún ganado se colocó en cuadras y los caballos quedaron encadenados al aire libre.

La jornada, efecto del calor, las cuestas y el polvo, resultaba muy molesta y fatigosa para la gente poco endurecida, la cual se lanzó con avidez á un pozo para mitigar la sed.

El alcalde y los vecinos procuraron facilitarnos lo poco que tenían. Escasos están de agua; pero á veinte minutos se encuentra buena para beber, y al ganado se le llevó á un arroyo que dista 2 kilómetros. Después de dar pienso, hacer la cura y comer el rancho, durmieron un buen rato los soldados á la sombra de las casas y los árboles, y á las dos continuamos la marcha siguiendo la riera de Rellinás.

Atravesando la vía férrea tomamos en Castellvell, á los 6 kilómetros, la carretera de Monistrol á Manresa, que es monótona y polvorienta; hicimos un pequeño allo antes de Castellgalí, y sobre las cinco de la tarde pasamos por frente de San Vicente de Castellet.

Aunque habíamos salido bien temprano de Tarrasa, caminaba el día á su ocaso, y aun no se divisaba á Manresa que parecía alejarse de nosotros á medida que más le deseábamos para proporcionar descanso á nuestros fatigados cuerpos.

Casi de noche llegamos al empinado puente que hay á la entrada de la población, que está edificada en una peña á 2.000 metros sobre el nivel del mar, y cuya subida fué fatigosísima para el personal y el ganado, que resbalaba mucho en unas grandes losas de que está cubierto el suelo.

Nuestra presencia produjo grande efecto, motivado por las circunstancias. En aquellos días habíase agravado el conflicto de las huelgas; los ánimos estaban excitadísimos y el día anterior se habían originado sangrientas colisiones que dieron por resultado un muerto y algunos heridos.

Se había ordenado la reconcentración de la guardia civil; obreros y patronos se resistían á ceder y los temperamentos de concordia parecían por completo abandonados.

En esta situación no podía ser mirada con buenos ojos la columna por los revoltosos, y aun por aquellos que de buena fe hacían causa con los obreros suponiéndoles oprimidos y vejados. Por un error, hasta cierto punto disculpable, pues no podían saber el objeto de nuestro viaje, creyeron nos llevaba el fin de cooperar á que se redujeran á la obediencia los que querían apartarse de las vías legales, y éstos indudablemente soliviantaron á la masa del pueblo, que puso grandes dificultades á los alojamientos, al extremo de que á las once de la noche aun quedaban algunos soldados por alojar, necesitando usarse de la fuerza para que los admitieran en las casas que les correspondía.

EDUARDO DE OLIVER-COPÓNS,
Comandante de Artillería.

(Continuará.)